

EL ECO DEL TORRENTE

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

ACTORES

El Conde de Castilla, Garcí- Fernández.....	DON PEDRO GONZÁLEZ MATE.
La Condesa Argentina.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
Zelina, esclava mora.....	DOÑA BÁRBARA LAMADRID.
Lotario, señor de Roquefort.....	DON CARLOS LATORRE.
Jenaro, escudero de Lotario.....	DON FRANCISCO LUMBRERAS.
Ginés.....	DON PEDRO LÓPEZ.
Hassan, esclavo moro.....	DON N. SÁNCHEZ.
Egidio, caballero castellano.....	»
Un paje.....	»

Damas, esclavas y caballeros.

Siglo X.—Año

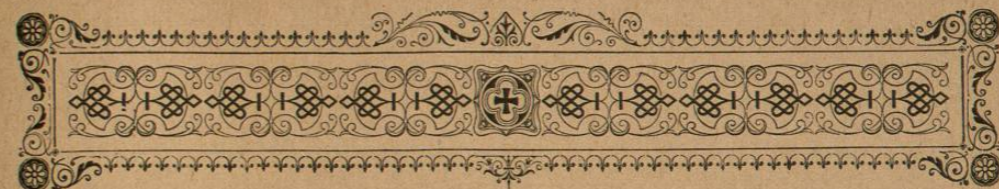
A

A. Tomás Rodríguez Rubí

en prenda de franca y leal amistad,

José Zorrilla.

Madrid, 22 de Enero de 1842.



EL ECO DEL TORRENTE

ACTO PRIMERO

Aposento de la condesa Argentina. Decoración cerrada, con balcón en el fondo; dos puertas en primer término y dos secretas en el segundo. Zelina, sentada en un almohadón, despierta al ruido de la puerta de la derecha, por donde llama Argentina.

ESCENA PRIMERA

ZELINA y ARGENTINA

ZELINA

¡Maldito quien á deshora
viene mi sueño á turbar!
Ni aun el placer de soñar
logrará la pobre mora.

ARGENTINA
(Entrando.)

¡Esclava!

ZELINA
(Aparte.)

(¡Cuánta altivez!)

ARGENTINA

Tarda has andado en abrir.
¿No me sentiste venir?
¿Tal vez dormías?

ZELINA

Tal vez.
Tres noches pasé velando

del Conde á la cabecera;
¿qué extraño es que me rindiera
el sueño?

ARGENTINA

Siempre aguardando
á tu señora te rinde.

ZELINA

Descansa el ánima inerme
de la esclava cuando duerme,
que no hay placer que la brinde
tranquilamente á velar,
sabiendo que, mientras viva,
sólo gozará cautiva
el bien que logre soñar.

ARGENTINA

Importunas, mora, son
tus quejas, á lo que creo.

ZELINA

Que no las siente ya veo
vuestro feliz corazón.

ARGENTINA

¿Feliz le llamas?

ZELINA

Pues ¡no!
¿Qué deseo le acosara
que al punto no le lograra?

ARGENTINA

Más feliz eres que yo,
Zelina; que aunque es verdad
que vives cautiva aquí,
¿sería en tu patria, di,
más franca tu libertad?
Encerrada tu hermosura
en el harén de un señor,
el alcázar de tu amor
fuera á par tu sepultura.

ZELINA

De mandar á obedecer
va grande trecho, señora.

ARGENTINA

Esclava es siempre una mora
desde que acierta á nacer.
Infel y altivo su esposo,
su amor con varias divide,
y amor en su esposa pide
como absoluto, celoso.

ZELINA

Mas con placer se obedece
de quien se ama el capricho.

ARGENTINA

Está, mora, muy bien dicho,
pero es cuando él lo merece;
porque es muy duro tormento
mentir fortuna y amor,
dentro del alma el dolor
y en el semblante el contento.
Es muy terrible guardar
un pensamiento escondido
en el corazón nacido,
sin poderle de él echar;
vivir de noche y de día
velando la oculta idea,
para que nadie la vea,
ni la entienda quien la espía.
¡Ah! ¡Tú no comprendes eso!

ZELINA

¡Pluguiera á Alá fuera así!
Pero yo arrastro ¡ay de mí!
tras de mi vida ese peso.
Cuanto con afán mayor
ocultarle me interesa,
más el secreto me pesa,
es más íntimo el dolor.
Vos en el vuestro, á lo menos,
tenéis quien os le consuele;
el mío á nadie le duele,
que á todos les son ajenos
de un esclavo los pesares.

ARGENTINA

¿Qué vale mi libertad,
si es ella sola, en verdad,
la causa de mis azares?
Vosotros, que en vuestro dueño
podéis mirar un verdugo,
de sacudir vuestro yugo
hora buscáis con empeño.
Yo soy tu ama, te digo,
y tú, al caer á mis pies,
con ira secreta ves
en tu señor tu enemigo.
Á mí, Condesa me llaman
y danme el más alto puesto;
mas ¿quién sabe si detesto
á los mismos que me aclaman
su bien, su amor, su señora?
Ya ves que fué gran desliz
tenerme á mí por feliz
á par de una esclava mora.

ZELINA

Mas podéis tener amigos
ó buscarlos; pero yo.....

ARGENTINA

¿Amigos has dicho? No;
fueran de mi mal testigos.

ZELINA

Tenéis un esposo noble,
galán, amante y discreto,
con quien partir un secreto
que os agobia.

ARGENTINA

Y fuera doble
mi pesar; fuera el postrero,
sin duda, Zelina, y fuera
hacer de una ruin quimera
un verdugo verdadero.
No, no, jamás: si algún día
de mi corazón le echara,
á él solo se le ocultara.

ZELINA

¿Acaso le ofendería?

ARGENTINA

¡Necia de til ¿No conoces
la razón de mis enojos,
cuando pregonan mis ojos
lo que no dicen mis voces?
¿No ves que al llorar la calma
de mi corazón perdida,
guardo en secreto escondida
mi desventura en el alma?

ZELINA

¡Callad! Sus secretos son,
mientras en suspiros los lanza,
faros de dulce esperanza
que alumbran el corazón.
Mas si en la lengua atrevida
á palabras se reducen,
son áspides que introducen
su ponzoña en nuestra vida.

ARGENTINA

Sí, ¡por Dios!

ZELINA

Señora, quedo;
el secreto que guardáis
callad, no me le digáis,
pues pagárosle no puedo.

ARGENTINA

Pagarle!

ZELINA

Pagarle, sí,
con el mío; mas es tal,
que el vuestro es menos fatal
que el que me acongoja á mí.

ARGENTINA

Esclava, ¿qué desvario
te asalta? ¿Con cuál objeto
uno por otro secreto
mides? ¿Te dije yo el mío?

ZELINA

Y mis sentidos, ¿cegados
por ventura están? Mis ojos,
¿no ven de vuestros enojos
los arcanos tan guardados?
Quien al pie de vuestro lecho
os vela vuestro dormir,
¿no se podrá introducir
con astucia en vuestro pecho?

ARGENTINA

¡Traidora!

ZELINA

No es la traición
obra mía; es vuestro el dolo;
vuestro labio fué el que solo
vendió á vuestro corazón.
Él fué quien en vuestro sueño
pronunció el oculto nombre,
y no era el que lleva el hombre
de cuyo honor sois el dueño.
No: en la alcoba solitaria,
con amorosa porfía
le invocabais, y yo oía
la recóndita plegaria.
Llorabais, ¡ah! y yo también,
sí; con llanto abrasador
vos, vuestro perdido amor,
y yo mi imposible bien.

ARGENTINA

¡Oh! Te dolías de mí;
de mis pesares testigo,
los lamentabas conmigo.

ZELINA

Recordé los míos, sí,
que es uno mismo el objeto
de nuestros males, señora,
y el corazón de la mora
guarda también un secreto.

ARGENTINA

¿Tú amas?

ZELINA

¡Con cuánto ardor!
Mas si el aire sorprendiera
mi secreto, aun de él temiera
que me vendiese traidor.
Sí, yo amo á un hombre también;
mas el nombre del que adoro
escondo como un tesoro,
mi corazón es mi harén.
Aquí sin cesar le llevo
indeleble, solitario,
fanal de oculto santuario
á cuya luz no me atrevo.

ARGENTINA

Dichosa tú que conoces
á quien amas, y le ves.

ZELINA

¡Vuestro amor....

ARGENTINA

Solamente es
el son de mis tristes voces.
Le amé y me adoré algún día,
mas ya, á mi ver, me olvidó;
niebla que se disipó
con la luz del nuevo día.
Mas me olvido de quien soy,
y de quien eres me olvido;
esclava, lo que has oído
olvidalo tú desde hoy.
¿Qué me importan tus secretos
ni tus necios desvaríos?
¿Te he confiado los míos?
Si los sabes....

ZELINA

Bien sujetos
los tengo en mi corazón,
y no se me escaparán.

ARGENTINA

Silencio, pues; de tu afán
no pregunto la razón.
Tus cantares me agradaron,
y entre ciento te elegí

para entretenerme á mí,
aunque mil te desearon.
Tu oficio es sólo cantar,
de inclinaciones desnuda;
¿lo oyes? Sorda, ciega y muda
has de ser si has de medrar.
Y en tu memoria altanera
con cifra indeleble graba
que te tengo por esclava,
pero no por consejera.

ZELINA

Dadme paciencia, Señor,
para sufrir su altivez.

ARGENTINA

Silencio, pues, otra vez,
ó tiembla de mi furor.

(Vase Zelina á una seña de Argentina.)

ESCENA II

ARGENTINA, sola.

¡Sorprendió mi amor antiguo,
mas lo callará prudente!
Además, que aunque lo cuente,
en dédalo tan ambiguo
meterá á quien se lo escuche,
que sin hilo conductor,
jamás saldrá del error
con que alucinado luche.
Mas ¡ay de mí! ¿Qué recelo,
si yo misma al cabo ignoro
la existencia del que adoro
y el sino que le dió el cielo?
Al Conde podrá decir
lo que ella me oyó soñar;
mas ¿á otro no pude amar
antes de á Burgos venir?
¿Qué hay que reprocharme en esto?
Ha un año que estoy casada
y de él no he sabido nada,
ni medios para ello he puesto.
Le amo, es cierto; pero ¿y qué?
Si olvidarle no he podido,
la culpa, ¿de quién ha sido?
¿Por voluntad me casé?
Y si jamás le ofendí,

¿de qué se podrá quejar?
¿De que no le puedo amar?
Quéjese de él, no de mí.

(Abre la ventana y dice asomándose:)

La noche lóbrega cierra,
no brilla estrella ninguna,
y encapotada la luna,
alumbra á trozos la tierra.
¡Quién ¡ay! de mi dulce Francia
sobre sus rayos pudiera,
al soplo de una hechicera,
cruzar la inmensa distancia!
Mas mis ojos alucina
torpe ilusión, ó el espacio
del jardín de este palacio
cruza un hombre y se avecina.
¿Quién pudo á tal hora entrar
en los jardines? Se para....
Conmigo acaso se encara....
¿Qué busca en este lugar?
Me hace seña.... Mas no entiendo
lo que pretende.... Se aparta.

(Se oye caer en la escena un objeto entrando por el balcón.)

Pero ¿qué es esto? Una carta.
¡Cielo santo! ¿Qué estoy viendo?

(Lee.)

«Aunque parezca arrogancia
pedir de vos una audiencia,
la aguarda con impaciencia
un peregrino de Francia.»
Sueño, ¡Dios mío! Es su letra,
es él, es él; me lo augura
mi corazón, que en la oscura
sombra hasta el suyo penetra.
Mas ¿cómo traerle aquí
sin que nadie le aperciba?
Fiaré de esa cautiva....
No, son armas contra mí.
Yo misma le iré á buscar.
Mas fuera mucha osadía.
¡Ah! Pero esta galería,
¿no va al jardín á parar?
Es verdad que nadie la usa,
mas es causa en mi favor.
Sírvenme de excusa, amor,
si es que la razón me acusa.

(Busca una llave, con la que abre una puertecilla secreta que habrá en el fondo; toma la lámpara, y sale por ella, volviendo á cerrar. La escena queda á oscuras.)

ESCENA III

ZELINA

¡Señora! Pero ¿qué es esto?
¿Por dónde salió? Señora....
¿Si dormirá?.... Alerta, mora,
procura ganar tu puesto.
Alimenta tu esperanza,
que si á ella el amor la culpa,
á ti el amor te disculpa,
que opuesto á su amor avanza.

(Vase, dejando la puerta abierta, y al mismo tiempo meten la llave en la de la galería. Al tiempo que por ésta aparece Argentina con Jenaro, aparece por la otra la mora con luz. Al verla Argentina cierra la puerta con precipitación, dejando á Jenaro fuera. Quédanse mirando una á otra: Argentina con sorpresa, la mora con inteligencia.)

ESCENA IV

ARGENTINA y ZELINA

ARGENTINA

¿Quién va?

ZELINA

¡Ah!

ARGENTINA

¿Quién te mandó
llegar sin que yo llamara?

ZELINA

La luz temí que os faltara,
y entraba á doblarla yo.

ARGENTINA

Toma, menguada, y aprende
(La da un bofetón y se la cae la luz.)
que yo soy quien manda aquí.
¡Ea, despeja!

ZELINA

¡Ay de mí!

ARGENTINA

¡Fuera!

ZELINA

Y ¡ay de quien me ofende!

(Sale la mora. Argentina cierra la puerta y abre la otra.)

ESCENA V

ARGENTINA y JENARO

ARGENTINA

Nada, por fortuna, vió,
y á no venir con tal tiento,
sorprende todo el intento;
péro diestra anduve yo.
Pisad quedo, y evitad
que oigan por algún resquicio.

JENARO

Habéislo dado sin juicio,
señora, y sin caridad.

ARGENTINA

Cien veces se lo advertí,
y como entró de rondón
en tan precisa ocasión,
arrebataada la dí.

JENARO

Mirad.....

ARGENTINA

¿Defendéislo ahora?
¿Qué importa esa bofetada?
¿No está á sierva destinada?
Pues que aguante á su señora.
Mas vos quién sois concluyamos;
Jenaro tú, ¿con qué traza?.....

JENARO

¿Nada aquí nos amenaza?

ARGENTINA

Nada; seguros estamos.

JENARO

Lotario en Burgos está.

ARGENTINA

¡Dios mío! ¿En Burgos?

JENARO

Llegó hoy.

ARGENTINA

¿Y tú?

JENARO

Su escudero soy,
como siempre.

ARGENTINA

Y ¿dónde va?

JENARO

¿Adónde ha de ir, señora,
sino adonde vos estéis?
Á no que vos le mandéis
que se vuelva con la aurora.

ARGENTINA

No, no.

JENARO

¿Le amáis todavía?

ARGENTINA

¡Mas bajo, por compasión!
Sí, le amo en mi corazón;
mas ¿él?

JENARO

Con idolatría.

Con intriga cautelosa,
de vuestro padre ha logrado
venir á Castilla enviado
de embajador de Tolosa:
y él, que ignora vuestro amor,
en nuestro lazo ha caído
sin darse por entendido.
Con sigilo previsor
en Burgos hemos entrado
sin que el pueblo se aperciba
de nuestra oculta misiva,
y de veros me ha encargado.

ARGENTINA

Pero ¿y Lotario?

JENARO

No osó

venir, que era necio paso,
sin saber si el tiempo acaso
vuestros intentos mudó.

ARGENTINA

¿Mudarlos? Por vida mía,
sin maldecir la distancia
que me apartaba de Francia,
no me dormí ningún día!
Esta tierra me es odiosa,
y poco es Burgos, la España
diera por una cabaña
en Roquefort ó en Tolosa.
Allí mis memorias viven
y allí mis dichas están,
allí mis suspiros van,
y allí alimento reciben.

JENARO

Mas el Conde, ¿cómo os trata?

ARGENTINA

¡Pobre! Mis desvíos llora,
delira por mí, me adora,
y esto es lo que más me mata.
Tal vez por mis sinsabores
grave enfermedad le aqueja
que sosegar no le deja,
presa de agudos dolores.
Yo, cuando á solas me quedo
con él, al verle llorar
lloro ¡ay de mí! á mi pesar,
pero quererle no puedo.
Yo no he soltado jamás
un gemido en su presencia,
mas él lee mi indiferencia
en mi semblante quizás.
Él conoce, puede ser,
y así su dolor agrava,
que fuera alegre su esclava,
pero nunca su mujer.
Lo entiende, le pesa y llora:
yo le martirizo y lloro.
¡ay! yo porque no le adoro,
y él porque lo ve y me adora.
Tú que me has visto nacer,
tú, en cuyos brazos mecida
pasé mi niñez florida,
¿qué me aconsejas hacer?
Ver á Lotario es mi anhelo,

hablarle, llorar con él.....:
¿será mi estrella tan cruel
que me culpe este consuelo?

JENARO

Y ¿quién os podrá culpar
tan justo y sincero empeño,
si nadie se puede dueño
de su corazón llamar?
Cumplida nuestra embajada,
volveremos á Tolosa.
Un hora, pues, venturosa,
¿por qué os ha de ser negada?
El muere por veros.

ARGENTINA

¿Sí?

JENARO

Su fanatismo, su gloria,
no es más que vuestra memoria.

ARGENTINA

¿Conque se acuerda de mí?

JENARO

No se pasa un solo instante
sin que os escuche y os vea
allá en su escondida idea,
en su desvarío amante.
Y á tanto por vos se empeña,
que es, rayando en la locura,
por vuestro nombre, si jura;
con vuestro nombre, si sueña.
Tal vez guardó vuestra toca
de vuestro amor por despojos,
y aun la humedecen sus ojos
mientras la besa su boca.

ARGENTINA

¡Calla! que con tal pintura
mi corazón desfallece,
y mi razón enloquece
con tan celestial ventura.
Él me amó, ¿y amedrentarle
imposibles no pudieron,
y á mí vacilar me hicieron
hasta dudar de esperarle?
Sal ya, secreto escondido,
del corazón que atosigas,